

## REFLEXIONES SOBRE ARIGATOU Y SUS CUATRO INICIATIVAS

Una de las características más extraordinarias de la vida religiosa de los últimos 60 o 70 años es lo que hoy llamamos el diálogo interreligioso. Los creyentes de diferentes religiones se tienden la mano en lugar de ignorarse unos a otros, en el mejor de los casos, o de denigrarse, en el peor de los casos. Desde el comienzo, varias fueron las razones que justificaron ese empeño. Para los cristianos, que fueron la fuerza propulsora del diálogo interreligioso, una de las principales razones fue su deseo de entender la relación entre el cristianismo y las otras religiones. Era una preocupación teológica la que orientaba su motivación. Había quizás intenciones encubiertas: si conocemos mejor a los creyentes de otras religiones, podremos acceder más fácilmente al mundo de hindúes y musulmanes, lo que facilitará nuestra misión de convertir a la gente al cristianismo.

En cierto sentido, los comienzos del diálogo interreligioso guardaban relación con la necesidad de dar sentido a la propia fe respecto de otras religiones. Sin duda, para los cristianos, el diálogo tenía un sentido más teológico. Los teólogos cristianos podían permitírselo más que otros: estaban vinculados al poder y podían hacer teología sobre las cosas. Aquellos que no tenían poder debían pensar en su supervivencia antes de dedicar tiempo al quehacer teológico. Las demás religiones tenían otras razones. El hecho de entablar un diálogo respondía al propio interés: el judaísmo, el islam, el hinduismo y el budismo tenían algo en común: durante varios siglos esas comunidades religiosas habían sido objeto de la dominación y el poder de Occidente y, por lo tanto, de los cristianos. De ahí que los creyentes de otras religiones desearan entablar diálogo con los cristianos. Ellos se decían: si nosotros logramos que los cristianos nos escuchen, quizás ellos entenderán que nosotros en tanto judíos, musulmanes, budistas e hindúes, hemos sufrido de diferentes formas a

causa del poder de la iglesia. Los judíos fueron víctimas del antijudaísmo y el antisemitismo; los musulmanes fueron denigrados y humillados en la esencia de su fe. Los hindúes eran considerados como politeístas e idólatras primitivos. En cuanto a los budistas, se consideraba que no tenían religión o que se trataba de una religión que se había fusionado con las tradiciones y culturas locales, y que fácilmente podía definirse como la antítesis del cristianismo. Se trataba de religiones en tanto entidades que se reúnen para conocerse. Y el diálogo consistía más bien en hablar a las otras para explicarse a sí misma.

Sin embargo, a pesar de todo ello, el diálogo contribuyó a crear un espacio que favorecía la integridad de cada religión, y el diálogo interreligioso se proseguiría trascendiendo los encuentros teológicos e interesados entre religiones. Esto fue posible gracias al aporte de factores externos. La mayor movilidad, los flujos de refugiados en gran escala y las migraciones económicas tuvieron como resultado la convivencia de un mayor número de personas de diferentes religiones en todas las partes del mundo, lo que ha conllevado problemas y retos, amenazas y dificultades que llegaron a ser comunes y palpables. Existía una necesidad y una oportunidad de fomentar un mayor conocimiento y una mayor conciencia entre los creyentes de diferentes religiones. Se habían acortado las distancias entre ellos y estaban más próximos que nunca antes. Los cristianos así como los musulmanes y los budistas descubrieron finalmente que el mundo es uno, que en este mundo vivimos todos, y que este mundo está en peligro tanto respecto de sus recursos, como de su vida y de su supervivencia. El diálogo no puede limitarse a una actividad intelectual o teológica, en la que nos presentamos con nuestros más bellos ropajes como cristianos y musulmanes o en la que sólo nos ocupamos de las quejas que tenemos unos contra otros. ¿Existe acaso un proyecto común?

Es en esta perspectiva en la que debemos considerar la visión interreligiosa a la que se adhiere Arigatou. Vale la pena poner de relieve que se trata de una iniciativa budista. Me interesa destacarlo porque no era muy frecuente. Lo más frecuente en el movimiento interreligioso eran las iniciativas cristianas. Actualmente la situación es diferente y muchas son, asimismo, las iniciativas interreligiosas musulmanas. Países como el Irán y Arabia Saudita están mucho más presentes de lo que uno hubiera podido imaginar al leer acerca de la situación de las minorías religiosas en uno y otro países.

Por supuesto, Arigatou no es la única entidad que plantea preocupaciones específicas para que se examinen en el diálogo interreligioso. Ha habido comunidades religiosas para quienes una preocupación específica era de hecho su principal objetivo: la lucha contra el antisemitismo, el apartheid y el racismo, la solidaridad con los oprimidos del mundo o, en un contexto geográfico o confesional particular, la igualdad entre hombres y mujeres, la promoción de la paz. Esa orientación interreligiosa, cualquiera que sea la preocupación que conlleve, se ve impulsada al diálogo y la cooperación con la esperanza de que lo que podamos hacer juntos no lo hagamos por separado. Al pensar y actuar de ese modo, el diálogo interreligioso llega a ser una herramienta para la cooperación y la colaboración, la sinergia y la interacción, y ya no es solo algo en sí mismo.

A mediados de la década de 1990, recibimos en la sede del Consejo Mundial de Iglesias, en Ginebra, la visita del pastor Keishi Miyamoto, quien aportó una visión de colaboración interreligiosa a esa organización cristiana mundial de iglesias protestantes y ortodoxas. Quienes escuchábamos al pastor Miyamoto comprendimos que esa visión estaba profundamente enraizada en las enseñanzas y

la espiritualidad del Sutra del Lotus: todos los vehículos son un solo vehículo, todos los seres pueden llegar a ser budas, y la fe y la devoción son importantes.

La visión en sí era reunir en una comunidad a creyentes de todas las religiones, hombres y mujeres, laicos y clero de uno y otro sexo, juntamente con personas de diferentes organizaciones y redes, dedicadas a luchar por los derechos, el bienestar y la seguridad de los niños. Arigatou se presentó en el escenario del diálogo entre religiones en una forma diferente a la de muchas otras iniciativas interreligiosas: no tocó tambores ni trompetas al anunciar su decisión de participar. Hubo pocos documentos rimbombantes o extensas declaraciones. No hubo discursos dogmáticos o decretos imperiales sobre lo que hay que hacer y cómo hacerlo. Hubo un ofrecimiento por parte de Arigatou de poner recursos a disposición de las personas de las diferentes religiones, o sin religión, a fin de examinar juntos y en diálogo la mejor forma de cooperar por el bienestar, el desarrollo y la seguridad de los niños y las niñas. Se trataba de discernir lo mejor de cada tradición religiosa con objeto de utilizar sus recursos espirituales y sus tesoros, a veces escondidos, para contribuir a “un mundo apropiado para los niños y las niñas”.

He citado esas palabras: “un mundo apropiado para los niños y las niñas” deliberadamente. Como ustedes sabrán provienen de la Sesión Especial de las Naciones Unidas en favor de la Infancia, celebrada en 2002, que culminó con la aprobación oficial por unos 180 países del documento final, "Un mundo apropiado para los niños". Me complace señalar la actitud de Arigatou de escuchar al UNICEF y de aprender de su experiencia acerca de cómo trabajar por el bienestar y la seguridad de los niños y las niñas. Esta iniciativa interreligiosa no desea ir a su aire, no cree poseer todas las respuestas; sabe que las organizaciones laicas o neutrales desde el punto de vista religioso pueden ser herramientas idóneas para

mejorar la labor de los movimientos interreligiosos. No es siempre el caso en el mundo religioso o interreligioso, dado que se suele pensar que se tienen todas las respuestas, y que no es necesario escuchar lo que dice el mundo.

Los niños y las niñas son el centro de las actividades de Arigatou y de sus programas interreligiosos. Desde la primera reunión a mediados de los años 90, he tenido el privilegio de acompañar a Arigatou International en su peregrinación interreligiosa, para trazar y definir programas, en los que personas de todas las religiones, o sin una religión particular, y todas las personas de buena voluntad puedan estar al servicio del bienestar de los niños.

La Red Global de Religiones a favor de la Niñez (GNRC) ha estimulado a personas en no pocas partes del mundo a buscar la mejor forma de resolver problemas que nos preocupan en nuestras diversas sociedades: la difícil situación de los niños de la calle, de los niños soldados, de los niños discriminados o excluidos, de las víctimas del VIH y el SIDA, de la discapacidad física o mental o de la violencia de género.

El centro de atención en la Educación ética para niños y niñas ha demostrado que responde a la necesidad de una educación basada en valores, que capacite a los niños a hacer frente mejor a las exigencias y problemas que plantea la convivencia en un mundo diverso y plural, y que les permita discernir en ellos mismos y en los otros la espiritualidad que es intrínseca de cada uno de nosotros, aunque tan frecuentemente silenciada desde la primera infancia.

El Día Mundial de oración y acción por la niñez pone sobre el tapete la cuestión de la oración como una presencia dinámica en las relaciones entre religiones con objeto de reforzar nuestro compromiso en común por la dignidad de los niños y las

niñas. En las distintas formas posibles, decimos que la oración está en el centro de nuestra convivencia en tanto creyentes de diferentes religiones, y que la oración es esencial a la hora de desplegar esfuerzos conjuntos para erradicar la violencia contra los niños en todas sus manifestaciones. Elevamos en oración y meditación nuestra preocupación a la Última Realidad, en las diversas formas de su presencia numinosa entre nosotros.

Gracias a nuestra convivencia, en los diversos estamentos de la sociedad y en todos los rincones del mundo, hemos logrado comprender que la pobreza que afecta a niños y niñas es nuestro principal enemigo y nos insta a renovar nuestro compromiso y a reforzar nuestra determinación de erradicarla, dado que la pobreza está socavando la posibilidad de que los niños y nosotros todos enfrentemos el futuro con esperanza. Esa fuerza propulsora se manifiesta actualmente en la acción de Arigatou, y esperamos y oramos que llegue a ser un verdadero instrumento de un mundo mejor.

Es en presencia de un niño que comprendemos la vulnerabilidad. Los niños son vulnerables; sabemos cuán indefensos son, cuán fácilmente pueden llegar a ser víctimas, y cuán a menudo son las primeras víctimas de la guerra, de la pobreza, del hambre y de la violencia. Sin embargo, también sabemos que, más que en cualquier otro encuentro, es en presencia de los niños que nos sentimos, como adultos, más vulnerables. ¿Podemos proteger a nuestros niños?, ¿pueden tenernos confianza?, ¿podemos mostrarles el camino a seguir?, ¿somos suficientemente fuertes para garantizar su seguridad y su protección? Los niños suscitan nuestra preocupación cuando estamos frente a ellos, seamos padres, madres, o no lo seamos. El hecho de ver a niños víctimas nos saca de nuestra indiferencia o nos catapultan en medio del caos. Es entonces cuando nosotros, como seres humanos,

somos más vulnerables y sensibles. Los niños son capaces de sacarnos de nosotros mismos y nos permiten conocer en nosotros, en el mundo y en la propia vida dimensiones que trascienden las categorías racionales que hasta ese momento eran una fortificación segura.

En todas las tradiciones religiosas están presentes los niños y se habla de ellos. En la tradición judía, con ocasión de la celebración de la Pascua, debe participar un niño quien, mediante preguntas, invita a contar la historia de la liberación de la esclavitud y el éxodo. Jesús puso a los niños como ejemplo y dijo: “De cierto os digo que el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él”. Los hadices (dichos o narraciones referidos al Profeta) nos cuentan que el Profeta Mahoma (la paz sea con él) se sentía muy a gusto con los niños. Se dice que Mahoma jugaba y bromeaba con ellos y trataba de ganarse su amistad. En las *upanishads* se dice que el proceso cósmico de creación de Dios se continúa en el nacimiento de cada niño. El método de Buda de enseñanza del Dhamma requiere la participación de los niños directa o indirectamente.

Se suele decir que la Convención de las Naciones Unidas sobre los Derechos del Niño es el tratado internacional que ha sido más ratificado por los diferentes países del mundo. ¡No debería sorprendernos! Los niños resuenan en nosotros, y todo aquello que viene en su apoyo suscita nuestro mayor interés. Los niños tienen una manera de ser con nosotros que hace aflorar lo mejor de nosotros mismos y nos permite comprender la vulnerabilidad, suscitando en nosotros el deseo de proteger, que nos hace anteponer la dignidad del niño a nuestra propia dignidad.

Quizás lo sepamos o lo sintamos, pero no conocemos la razón por la que los niños tienen tal incidencia sobre nosotros. Poseen un poder diferente sobre nosotros y

nos permiten ver las cosas desde otra perspectiva. Suele ocurrir que cuando un recién nacido nos mira, no sabemos qué decir: quedamos sin palabras y no podemos expresar nuestros sentimientos, y lo que sale de nuestra boca son palabras sin sentido: ¡“cuchi, cuchi, cucú”! No deberíamos alarmarnos ni avergonzarnos; es una forma de expresar nuestra admiración. Nuestros corazones están llenos de sentimientos que no entendemos: amor que no podemos alcanzar y un deseo de abrazar que no podemos hacer realidad.

La admiración es un sentimiento de respeto reverencial mezclado con asombro. Es difícil de definir. Los jóvenes pueden darnos un indicio cuando dicen: "¡Es fabuloso!" y significa excelente, impresionante o apabullante, algo que inspira gran admiración. La onomatopéyica ¡guau! expresa admiración. Esta capacidad de sentir admiración es propia del ser humano, ya sea en el ámbito de las religiones o entre hombres y mujeres secularizados: cristianos, judíos, musulmanes, agnósticos y humanistas, hindúes, budistas o de la nueva era (*New Age*). La capacidad de admirar nos une. La admiración puede apoderarse de nosotros en diferentes situaciones y en diferentes momentos. No estamos preparados cuando la admiración nos transporta. Es un sentimiento de "interconexión" que nos permite entender que estamos en deuda, que somos mutuamente responsables y que la vida debe cimentarse en definitiva en la solidaridad.

Arigatou representa dos esperanzas, dijo el pastor Takeyasu Miyamoto cuando creó la Fundación Arigatou, "La primera es proteger a los niños - los herederos de la Tierra y el valioso tesoro de la humanidad - de los conflictos armados, del deterioro de los entornos naturales y de otros peligros. Y la segunda es promover el buen desarrollo físico, psicológico y espiritual de los niños, en condiciones de seguridad". El lema de Arigatou, "Oración y práctica" repercute en los miembros



de Myochikai, en la labor de Arigatou y en los programas que ha emprendido: la "Red Global de Religiones a favor de la Niñez", la "Educación Ética para los Niños y Niñas", el "Día Mundial de Oración y Acción por la Niñez" y la "Movilización de recursos basados en la fe para acabar con la pobreza infantil".

Aunque la oración y la acción no son una condición para la participación, el lema Oración y Práctica expresa la dimensión espiritual que aúna nuestro corazón y nuestro espíritu y hace posible la esperanza y la vulnerabilidad que los niños suscitan en nosotros. Ofrece un espacio para la sensibilidad y la atención que nos permite comprender que hay más, siempre más, que no se ha agotado pues no es posible agotarlo jamás. Podemos llamarlo con diversos nombres: Dios, la Última Realidad, la Presencia Divina, o expresarlo de forma vaga: "existe algo". Nos sobreviene una repentina percepción de que siempre hay algo más, “Deus semper maior” (Dios es siempre mayor) o “Allahu akbar”, أكبر الله, (Dios es Grande). No es posible cerrar todas las persianas ni todas las puertas. Las fortificaciones no resisten. No podemos reivindicar nuestro derecho de propiedad sobre el mismo; ni podemos expropiarlo ni podemos producirlo, sino que se ofrece a sí mismo de improviso como una pujante vivencia.

El mundo en el que vivimos ha cambiado y, al mismo tiempo, han cambiado muchos de sus parámetros. Ya no es el caso de "si tú tienes razón, yo debo estar equivocado". Vivimos en medio de tradiciones religiosas en un mundo que ofrece claves contrapuestas para interpretar el ser, la vida y la muerte. Nuestro mundo es un universo de paradojas y esas contradicciones son buenas, pueden frenar el orgullo desmedido y fomentar la humildad. Es en nuestro propio beneficio. Y cuando llegamos al meollo de la cuestión, comprendemos que la religión no es ante todo credos, creencias especulativas o normas morales. La religión es sobre todo

sensibilidad y anticipo del infinito.

Parecería que el hilo de oro de "Oración y Práctica" de Arigatou alude a las características de la experiencia religiosa, en particular a los parámetros y las definiciones dados, aunque trascendiéndolos. La vivencia de lo santo, de lo sagrado, el sentimiento de humildad, el sentido de gratitud, la acción de gracias, la conciencia del asombro ante todo lo que llama nuestra atención como un *mysterium tremendum et fascinans*, el sentido de lo divino ante lo inefable; el sentimiento de nuestra pequeñez ante el misterio; la calidad de la exaltación, la repentina conciencia de límites e incluso de impotencia; un impulso de entregarse y de arrodillarse; un sentimiento de lo eterno y de fusión con todo el universo; es así: incluso las experiencias del paraíso y del infierno: todas esas experiencias con nombres diferentes parecen ser, sin preverlo, muy reales tanto para religiosos como para ateos. <sup>1</sup>

El mensaje del Primer Foro de la Red Global de Religiones a favor de la Niñez (GNRC), celebrado hace trece años, comienza con una frase del poeta bengalí, renovador de la literatura y la música, y Premio Nobel, Rabindranath Tagore: "Cada criatura, al nacer, nos trae el mensaje de que Dios todavía no ha perdido la esperanza en la humanidad". Deseo terminar con esta frase que tiene el potencial de sustentar un diálogo espiritual y significativo entre personas de diferentes religiones y convicciones, comprometidas en seguir obrando en favor de un mundo apropiado para los niños y las niñas.

Dr. Hans Ucko

[hans.ucko@orange.fr](mailto:hans.ucko@orange.fr)

---

<sup>1</sup>Inspirado en Abraham Maslow: *Religions, values and peak-experiences*, New York, Penguin Compass, 1994

